

## EL PACTO DAVIDICO

En la clase anterior vimos que David ha llegado a ser rey sobre toda la nación y decide volver a centrar la adoración de todo el pueblo en torno al Tabernáculo de Moisés. Para ello dispuso que se trajera el arca del pacto que llevaba guardada 70 años en casa de un sacerdote llamado Abinadab. El entusiasmo inicial de David se vio frenado con la muerte de Uzá, quién estaba encargado del transporte del objeto sagrado, pero que lo hizo en la forma equivocada y sin el respeto y la reverencia que Dios había demandado.

David comprendió el motivo de aquella disciplina y enmendó el asunto tomando las precauciones que la ley de Jehová ordenaba (Ex 25:13-15). Una vez en Jerusalén, David manifestó a Natán el profeta su deseo de construir un santuario digno del Señor de los ejércitos que lo había llevado hasta la posición en la que se encontraba. Consideraba injusto vivir en un palacio de madera mientras que el arca de la presencia moraba en medio de tiendas desde la época de su construcción en el desierto.

### 2 Samuel 7:1-7

Si algo prueba la sensibilidad del rey David, es su reconocimiento de la obra del Señor quién le había dado la victoria sobre sus enemigos. No podía quedarse de brazos cruzados, tenía que exaltar a Jehová delante de su pueblo, un templo digno era lo menos que podía ofrecerle. Natán fue honesto y sugirió iniciar la empresa de inmediato, pero el Señor tenía otros planes y envió su respuesta esa misma noche.

### El pacto

El Señor establece promesas importantes que se conocerán desde entonces como el “pacto davídico” (en realidad un pacto incondicional porque no se le pide a David ninguna condición para su cumplimiento). En primer lugar, Dios asegura la permanencia del trono davídico para siempre (2 S 7:13 y 16); Dios entraría en una relación padre-hijo con cada descendiente que ocupara su trono y su misericordia no se apartaría de ellos, aunque fueran desobedientes (2 S 7:14-15). De esta manera, Dios en su fidelidad asegura que la línea de la simiente prometida en Edén se limitara ahora a los descendientes de David. Comenta Greg Harris que este pasaje de Samuel tiene similitudes con Génesis 12:1-3 donde se dan detalles de lo que se convertiría en el pacto abrahámico en Génesis 15. Aunque ni se describe como tal ni se ratifica en ese capítulo, Dios aquí prometió verdades fundamentales y eterna.

Dios le promete a David que el reinado de su dinastía duraría por toda la eternidad. Cada una de estas grandes promesas fue parcialmente cumplida en Salomón, el hijo de David y el sucesor a su trono: Salomón gobernó en el trono de David, las misericordias de Dios nunca se apartaron de Salomón, a pesar de que pecó y le edificó a Dios una magnífica casa.

### El descendiente de David

Pero los profetas posteriores a David previnieron un cumplimiento aún mayor de estas promesas: *“He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra... y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra”. (Je 23:5-6); “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro... sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo... desde ahora y para siempre (Is 9:6-7).*

*Los evangelistas, en especial Mateo que presenta a Jesús como el Rey y Mesías prometido a Israel, comprendieron que el cumplimiento del pacto davídico recayó sobre el niño de María nacido en Belén. “Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lc 1:31-33).* La promesa de Dios de una casa para David es cumplida en su totalidad en Jesucristo. Dice Hebreos 3:3-6 que Jesucristo es el constructor de una gran casa de Dios y en ella vamos siendo establecidos cada uno de los creyentes.

### **El consejo de Dios**

El pacto que Dios establece con David es parte del soberano y eterno consejo de Dios. En toda la historia bíblica, Él va desplegando su plan de redención a través de las vidas de sus escogidos. Ya hemos hecho alusión a Abraham y el pacto que Dios estableció con él. Luego esa promesa de un pueblo, una tierra y una bendición para toda la humanidad a través de su simiente, se verá cada vez más claramente a través de su descendencia. Jacob en Génesis 49:8-12 habla del León de la tribu de Judá y de su gobierno mundial que eventualmente será manifiesto a todas las naciones. Desde 2 Samuel 7 en adelante, este linaje se reducirá de la tribu de Judá a la casa de David.

### **La confirmación del pacto**

Saltando adelante cronológicamente, mucho después de la vida y la muerte de David, el Salmo 89 da algunos de los detalles de este pacto eterno que Dios había hecho con David y su linaje: *“Por siempre cantaré de las misericordias del Señor; con mi boca daré a conocer tu fidelidad a todas las generaciones. porque dije: Para siempre será edificada la misericordia; en los cielos mismos establecerás tu fidelidad. Yo he hecho un pacto con mi escogido, he jurado a David mi siervo: estableceré tu descendencia para siempre, y edificaré tu trono por todas las generaciones”.* Todo el Salmo 89 da testimonio de la incondicionalidad de este pacto y de la seguridad de su duración eterna. El Salmo 2, considerado un salmo mesiánico por judíos y cristianos ortodoxos, muestra el aspecto reinante de la obra del Mesías. Mientras que el Salmo 2 no nombra el pacto davídico como tal, su contenido muestra claramente que se basa en dicho pacto.

### **El Mesías y el pacto davídico**

Para la época del ministerio de Jesús, quién pretendiera ser el Mesías debería probar que su linaje emparentaba con David. Además, cada vez que alguien en los Evangelios clamaba a Jesús: «¡Ten piedad de mí, Hijo de David!», él o ella lo reconocía como el legítimo heredero de las promesas del Pacto Davídico. Es muy evidente que la esperanza mesiánica del pueblo hebreo imaginaba el retorno de un David al reino de Israel. La controversia de las autoridades con Jesús tenía como argumento que lo consideraban nazareno y no sabían que había nacido en Belén (Jn 1:46). Además, no comprendieron que el Mesías prometido sería mayor en jerarquía que el propio rey David (Mt 22:41-46).

Como el pacto davídico no hace ninguna alusión a la muerte vicaria de Cristo y a su posterior resurrección, tampoco entendían los judíos que la obra del Siervo Sufriente profetizada por Isaías 53 apuntaba a la misma persona quién antes de reinar, debía pagar por los pecados de su pueblo.

Ni David luego de este solemne pacto que Dios estableció, ni muchos de sus descendientes demostraron santidad ni pureza. Sin embargo, Dios permaneció fiel a sus promesas (2 Cr 21:4-7). Entrando en el Nuevo Testamento, veremos que incluso las cartas apostólicas hacen alusión al pacto de Dios con David,

por ejemplo, Pablo alude a la ascendencia de Jesucristo como hijo de David (Ro 1:3, 2 Ti 2:8). Apocalipsis contiene un especial énfasis en la persona de Jesús como descendiente de David y en la próxima lección veremos cuál puede ser el motivo de tal énfasis.

## **2 Samuel 7:18-29**

Ante tal promesa divina, David cayó de rodillas en agradecimiento y con absoluta humildad se atrevió a apropiarse de ella. Desde entonces, el siervo David reclamó cada vez que tuvo oportunidad el cumplimiento de aquella promesa del Señor. Esto demuestra que conocía el carácter de Dios y su firmeza, ni siquiera su propio pecado haría que Dios fallara y aunque en los próximos estudios veremos que tan bajo puede caer un creyente en su pecado, Dios que es infinitamente fiel, mantendrá su palabra por amor a Él y a su hijo David (2 Ti 2:13).

De la misma manera que lo hizo David, los creyentes podemos apropiarnos de todas aquellas promesas de Dios que están a disposición de nuestras almas: aunque pequemos, podemos apropiarnos de Su perdón (1 Jn 1:9), aunque vivamos en medio de crisis personales y sociales, podemos apropiarnos de su paz (Jn 14:27), ante la incertidumbre podemos apropiarnos de su cuidado (Sa 32:8) y de su intercesión (He 4:16).